

Desarrollo económico y planeación de la educación superior en México

LIC. HORACIO FLORES DE LA PEÑA

1. EL PROCESO DE DESARROLLO ECONOMICO

El análisis del desarrollo económico de México en los últimos 35 años, permite verificar que los factores de la expansión del ingreso real son los mismos que impulsaron el crecimiento de los países hoy desarrollados, lo que confirma la validez universal de las leyes económicas que se derivan del análisis histórico.

En efecto, los factores determinantes del desarrollo económico del país fueron:

- a) El incremento del empleo;
- b) El crecimiento de la acumulación de capital, y
- c) El adelanto tecnológico.

Estos factores actuaron al mismo tiempo, incidiendo los unos sobre los otros en una forma circular y acumulativa que es característica de los fenómenos económicos. Su influencia se manifestó sobre los siguientes problemas básicos del subdesarrollo:

- a) La baja tasa de crecimiento del ingreso real *per capita*;
- b) La irregularidad del crecimiento del ingreso y del empleo, y
- c) La tendencia permanente a la concentración del ingreso, por defectos de tipo estructural.

La mayor movilidad geográfica, social y económica que tuvo el país como consecuencia de la Revolución, permitió que se manifestara en forma grave un problema que era endémico a la economía mexicana y a todas las economías que se encuentran en un estado similar de desarrollo: el del desempleo, en cualquiera de sus formas, tanto rural como urbano.

Así, México en la actualidad cuenta con 48.3 millones de habitantes, una población económicamente activa de 15.2 millo-

nes, de los que 12.2 son hombres y 3 millones mujeres. La población trabajadora que en 1940 aumentaba a razón de 100 000 gentes al año, en 1964 ya crecía en 434 000 trabajadores, y en 1969 su adición a la fuerza de trabajo era de 559 000 aproximadamente, para pasar a 680 000 en 1975 y a 800 000 en 1980.

En 1969 se calculaba que de los 7.5 millones de campesinos, por lo menos 2.5 millones podían considerarse como excedentes en el sentido de que si abandonaran la agricultura el nivel de ésta no decaería, sino que, por el contrario, aumentaría sensiblemente la productividad.

Además, los muestreos sobre ingresos en los centros urbanos permiten clasificar a un millón de trabajadores como subempleados, en el sentido de que pueden abandonar sus ocupaciones para tener otras con una ganancia absoluta en el producto nacional bruto. Estos trabajadores urbanos disfrazan su desempleo en una serie de actividades varias que ofrecen las ciudades, pero que reflejan la incapacidad de la industria y los servicios para dar ocupación productiva a todos los que están dispuestos a trabajar. En total, México sólo utiliza el 75% de los recursos humanos disponibles: esto sin considerar el desempleo del campesino que sólo tiene ocupación para 150 jornadas anuales de trabajo, ya que depende, exclusivamente, de las labores agrícolas. Si se toma en cuenta este tipo de desempleo, la ocupación de los recursos humanos apenas llega al 60% del total disponible.

Como la inversión promedio por cada nuevo empleo es en la actualidad de 125 000 pesos aproximadamente, y considerando que aumentará en forma progresiva entre más se tecnifique la producción, hasta requerir 180 000 pesos en 1980, a precios de 1969, sería necesario que la inversión fuera 33% más alta de lo que es ahora para que se iniciara un proceso de expansión económica que fuera capaz de absorber a todos los desempleados en un período de 12 años.

Dado que este nivel mayor de inversión sería muy difícil de realizar y controlar, la alternativa más razonable sería la de plantear una absorción de cuando menos el 50% de la población desempleada: en este caso el proceso se iniciaría con un ligero aumento de la inversión normal o prevista para el primer año y en esta forma se produciría un paulatino aumento de la ocupación que absorbería 64 000 gentes en el primer año y 129 000 en el último, pero adicionales al incremento natural de la fuerza de trabajo, como se ve en el cuadro 1.

CUADRO 1

México: absorción de fuerza de trabajo, 1970-1980

Años	Inversión (miles de millones de pesos)	Inversión por nuevo empleo ¹ (miles de pesos)	Creación de empleos (miles)	Incremento de la población trabajadora (miles)	Absorción de trabajadores desocupados o subocupados (miles)
1970	79.9	125	639	575	64
1971	87.3	129	677	597	80
1972	95.5	134	713	617	96
1973	104.7	140	748	637	111
1974	114.9	147	782	658	124
1975	126.3	155	815	679	136
1976	137.5	164	838	700	138
1977	149.8	174	861	722	139
1978	163.2	185	882	746	136
1979	177.7	197	902	768	134
1980	193.6	210	922	793	129
Total					1 2852

1 A precios de 1969. En la actualidad es de aproximadamente 120 000 pesos (200 000 por cada empleo industrial).

2 En 11 años se absorbería un 50% de los ahora desocupados o subocupados.

Como se ve en el cuadro 1 esto implicaría una tasa de aumento del producto nacional bruto que debería ser de casi 7% en 1970, para llegar a 8.9% en 1975 y mantenerse hasta 1980. Es cierto que éstas son cifras altas, pero no imposibles de alcanzar para una economía tan dinámica como la mexicana.

Es evidente también que requerimientos tan altos de inversión para solucionar los dos problemas básicos de la economía mexicana, el subempleo y el bajo nivel del ingreso y, en cierta medida, también la inestabilidad de la tasa de crecimiento, determinan la necesidad de contar con una tasa acelerada de acumulación de capital que vaya por delante del crecimiento de la demanda efectiva. Aparentemente existe una contradicción entre el objetivo de una mayor acumulación de capital y el logro de niveles de ingresos crecientes para las clases populares, sobre todo cuando se considera que la inversión sólo es posible mediante el ahorro previo.

Sin embargo, el adelanto tecnológico ha producido una verdadera revolución en la mecánica tradicional del desarrollo económico, ya que el aumento de la productividad del trabajo permite el crecimiento simultáneo de la tasa de salarios y de la tasa de acumulación de capital. En esta forma el aumento del ingreso de los sectores populares no sólo es la meta del desarrollo, sino también el único medio que permite lograrlo con el menor sacrificio social y en el menor tiempo posible. Esta situación contrasta con los efectos que la acumulación de capital tuvo en la época de la mecanización, en que sí se produjo un empobrecimiento progresivo del proletariado por el lento creci-

miento de la productividad por hombre y porque la abundancia de mano de obra permitía una acelerada concentración del ingreso a favor de los capitalistas, y la existencia de mercados externos les permitía vender en ellos los productos que no se podían consumir en el interior del país, por lo bajo del nivel de ingresos de los grupos populares.

Así, pues, el adelanto tecnológico se convierte en un factor estratégico del desarrollo, ya que de él dependen los aumentos en la productividad del trabajo y la capacidad para acumular capital, sin que se presente una disminución de los niveles de vida de los sectores populares. En el caso de México, el 25% del producto nacional bruto en los últimos 15 años es un resultado directo del adelanto tecnológico. Esto significa que aunque las innovaciones sólo se materializan a través de la acumulación de capital y de las modificaciones en los métodos administrativos y de organización, pronto se llega a un punto en que tanto la acumulación de capital como el aumento de la productividad del trabajo, contribuyen en forma casi idéntica al crecimiento anual del ingreso.

La expansión continuada de la acumulación de capital, del adelanto tecnológico, de la ocupación y del ingreso, sólo se logran a través de:

- El crecimiento de los gastos de consumo;
- El aumento de la inversión;
- El crecimiento de las exportaciones, y
- El desarrollo de la agricultura.

En las etapas iniciales de un proceso de expansión, el crecimiento del ingreso rara vez se inicia por un aumento en los gastos de consumo de los sectores populares, ya que esto sólo ocurre cuando hay una redistribución masiva de ingresos a favor del sector trabajo que se manifiesta casi siempre por una política agresiva, tanto de salarios como fiscal, lo que no es factible esperar cuando existe un gran ejército de reserva de trabajadores que están dispuestos a trabajar a la tasa prevaiente de salarios y aun a tasas menores.

Una de las primeras manifestaciones de un proceso de expansión económica es el crecimiento de la inversión que en México ha subido paulatinamente, hasta representar casi el 21% del PNB, y que sin embargo tal vez requeriría un incremento para ser cuando menos del 23% del producto nacional bruto. En esta forma se podría garantizar un aumento de ocupación que fuera suficiente para absorber la adición anual a la fuerza de trabajo y una parte cada vez mayor de los subocupados, para que en un período no menor de 10 años México redujera en 50% el nivel de desocupación.

Para que el proceso de acumulación acelerada de capital no se traduzca en presiones inflacionarias o en desequilibrios externos permanentes, es necesario que se modernice y expanda el sector agrícola *pari passu* al crecimiento del ingreso, porque en esta forma se alcanzan dos objetivos básicos: en primer lugar, se aumenta el nivel de vida de las masas campesinas, que en nuestro país representan la población más numerosa, y se le incorpora a la economía de mercado y, en segundo lugar, con la progresiva modernización y aumento de la productividad agrícola se logra que este sector sea capaz de abastecer la demanda creciente de alimentos y de materias primas que va implícito con el crecimiento del ingreso y, al mismo tiempo, produzca excedentes exportables para financiar la importación de maquinaria, de otros bienes de capital y de materias primas que sólo podrán producirse en el interior del país cuando aumente la integración económica y cuando se llegue a etapas superiores de ingreso. Para la mayoría de los países como México el creci-

miento de la agricultura es la única forma eficaz de lograr un desarrollo económico no inflacionario y con una mayor estabilidad externa, ya que la agricultura proporciona el porcentaje más alto de las exportaciones totales.

Con todo, esto no es más que una serie de posibilidades cuya realización y efectividad dependen de cambios en la estructura económica. En efecto, desde un ángulo estrictamente económico, ni el incremento del empleo o la acumulación de capital, ni las innovaciones tecnológicas son factores determinantes del crecimiento económico. Más bien son manifestaciones que causan de un proceso de expansión, el que sólo ocurre cuando se manifiesta en la sociedad el deseo de desarrollarse realizando los cambios de estructura que sean necesarios para transformar la sociedad tradicional y dar paso a la sociedad moderna con todas las transformaciones sociales, políticas y económicas que ello implica.

Estos cambios de estructura que materializan el deseo de crecer de la comunidad, se identifican mejor recordando lo que pasó en México al término de la Revolución; los cambios más importantes a la vieja estructura se manifestaron, fundamentalmente, en:

- a) La reforma agraria;
- b) La política obrerista;
- c) El nacionalismo en materia económica, y
- d) El impulso a la educación popular.

Las transformaciones estructurales hicieron posible el surgimiento de una economía moderna, donde era amplia la capilaridad social, política y económica, si bien con el tiempo tiende a ser cada vez menos accesible a toda la población, aunque se mantiene abierta a grupos cada vez más restringidos de la población. La capilaridad social, política y económica es el factor más importante de estabilidad política que siempre tiende a reducirse, conforme se crean grupos de poder económico y político, especialmente cuando los movimientos sociales se hacen viejos y la vitalidad de una sociedad moderna se manifiesta en su capacidad para abrir, con diferentes procedimientos, los canales de la capilaridad social.

Cuando las estructuras económicas y sociales son anacrónicas y rígidas se impide el desarrollo acelerado de la economía; y el lento crecimiento del ingreso y de la ocupación, así como la falta de oportunidades para la juventud, producen un medio en constante intranquilidad, del que frecuentemente se apodera el pesimismo y la intransigencia con las condiciones de vida política y económica. Esta actitud, por lo demás, resulta explicable cuando se vive un período de transición cultural y tecnológica donde todos los conceptos, instituciones y valores tienen que reexaminarse para verificar su vigencia.

En esta época de transición cultural se requieren soluciones audaces a fin de obtener resultados inmediatos cuyo efecto se pueda percibir claramente en la forma de niveles crecientes de vida para toda la sociedad; de lo contrario, el desarrollo de las comunicaciones, el de la tecnología, así como el crecimiento demográfico y el de la educación, crearán una sociedad donde los deseos de mejoramiento material excederán a la capacidad productiva de la economía mucho antes de que ésta llegue a la ocupación total de los factores productivos. Esta discrepancia entre expectativas y realidad explica el divorcio creciente entre las distintas clases sociales y aun entre las distintas generaciones de una misma clase social. Esto le da al problema del desarrollo su carácter de urgencia y exige una nueva estrategia para acabar en forma rápida con las discrepancias crecientes entre las clases sociales.

2. LA PLANEACION DE LA EDUCACION SUPERIOR¹

A pesar de la persistencia de problemas económicos graves, tales como el desequilibrio del comercio exterior, la concentración del ingreso, etc., es razonable esperar, dados los instrumentos modernos de política económica, que la economía mexicana mantenga el dinamismo de los tres últimos quinquenios durante los próximos diez años. Bajo este supuesto, no sería difícil que para 1980 el ingreso *per capita* alcanzara los 975 dólares a precios constantes, conservando una tasa de crecimiento promedio del PNB de 7.7% para todo el período. Esto es perfectamente asequible, dado que actualmente la relación entre la inversión y el producto adicional es de 2.7 a 1 y el coeficiente de inversión se acerca al 21 por ciento.

En las etapas iniciales del desarrollo la influencia de la educación superior no debe sobrevalorarse. Basta para ello tener presente que la historia económica no registra el caso de un solo país que se haya educado primero y desarrollado después, o que cree tecnologías propias cuando no está presionado por las necesidades del desarrollo económico. Es sólo hasta las etapas intermedias del mismo cuando la insuficiencia de técnicos y de personal calificado de nivel superior ejerce una influencia mayor porque afecta adversamente la capacidad del país para incorporarse a la tecnología moderna, investigar en forma propia y lograr incrementos constantes de la productividad del trabajo.

Si la utilización de técnicos no corresponde al grado de adelanto de la economía, se crean producciones ineficientes, mal planeadas y administradas en forma deficiente, por lo que resultan caras, con una productividad limitada, sin capacidad para absorber innovaciones tecnológicas y mantenerse al día. Estas limitaciones se traducen en una productividad del trabajo mucho menor que la de los países desarrollados.

La falta de equilibrio que existe entre la necesidad de cuadros técnicos determinada por el crecimiento económico, o sea la demanda económica de educación, y los conformados por las universidades que obedecen a la demanda social, que se manifiesta a través de las preferencias de los aspirantes a ingresar a ellas, hace que la solución de los problemas de tecnificación de las actividades productivas tome un tiempo innecesariamente largo y que, a la larga, resulta muy costoso y aumenta el grado de dependencia externa.

Una vez que el proceso de desarrollo económico está avanzado y cuando se llega a un ingreso *per capita* suficiente para sostener, con factores internos, el crecimiento del producto, es posible establecer una relación directa entre los niveles de educación y el crecimiento sostenido y acelerado del ingreso. Este es el caso de México.

En las primeras etapas del desarrollo económico hay un rezago entre el crecimiento de la universidad y el de la economía, pero cuando ésta logra un desarrollo autosostenido, la demanda social de educación superior adquiere una elasticidad ingreso sumamente alta. En México es de 1.5; esto indica que debe esperarse que la demanda de acceso a las universidades crezca un 50% más que el aumento del ingreso real. Es muy probable que esta situación persistirá durante varios años; los cálculos preparados por la Comisión Técnica de Planeación Universitaria de la

¹ Se tomó como base de información el Plan de Desarrollo de la UNAM 1968-1980 y "La Educación Universitaria y el Desarrollo", trabajo que preparó el autor para la I Conferencia Latinoamericana sobre Planeamiento Universitario.

UNAM, indican que esta tendencia disminuirá al modificarse el perfil de la pirámide de la población, al alcanzarse también un nivel mayor de desarrollo, y al aumentar sustancialmente el nivel de ingreso de la población que tiene acceso a la educación superior. Cuando esto ocurre, desaparecerá la demanda diferida de educación universitaria, que ocasiona que el incremento de la demanda de educación superior exceda con mucho al crecimiento demográfico, e incluso al del ingreso real por períodos bastante largos.

Así, la matrícula universitaria del país crecerá aproximadamente al 10% anual en el período 1970-1980. Esto hará que la demanda de primer ingreso a nivel superior pase de 65 000 alumnos en 1968 a 202 000 en 1980, con lo que la población estudiantil total en este nivel será de 700 000, contra 180 000 en 1968.

Para apreciar mejor la magnitud del problema y la rapidez con que deben crecer las universidades mexicanas, hay que considerar que la población de secundaria crece al 9% anual y aumentará de 880 000 en 1968 a 2.5 millones en 1980 y los egresados pasarán de 200 000 a 600 000; la preparatoria crecerá de 232 000 alumnos en 1968 a 600 000 en 1980 y sus egresados pasarán de 77 000 a 222 000 en el mismo período. En estas condiciones, la población que recibe educación intermedia, secundaria y preparatoria, llegará a 3.4 millones en 1980, contra 1 millón en la actualidad.²

Tales fenómenos están estrechamente ligados a la naturaleza del proceso socioeconómico en que se ha desarrollado el país; en él interesa destacar la consolidación y progreso del papel de las clases medias, ya que son sus miembros los que más fácilmente identifican a la educación superior como el único canal de incorporación a una mejor escala ocupacional y de ingresos y como el único recurso que les permite mantener y, de ser posible, mejorar su posición social. Por eso, tienden a demandar educación a sus más altos niveles, lo que los hace presionar para expandir la enseñanza secundaria y preparatoria, con lo que plantean un grave problema a las universidades, que se ven obligadas a dar una solución cuantitativa a un problema que por las transformaciones tecnológicas es cada vez más un problema de calidad.

Como se sabe, las relaciones entre educación superior y desarrollo económico se manifiestan en la magnitud y calidad del personal calificado de nivel superior, en la capacidad de la comunidad para absorber y producir innovaciones tecnológicas y elevar la productividad del trabajo, y en la acumulación y difusión de conocimientos de alto nivel. Además, la educación superior tiene una serie de efectos indirectos, tales como su contribución a la movilidad económica y social, a la formación de hábitos de trabajo modernos y de una mejor estructura del consumo, así como a la iniciativa y al espíritu de inventiva de la población. También promueve actitudes y motivaciones en favor de la evolución social y de la innovación.

En función de lo anterior, la educación superior se liga estrechamente al proceso de acumulación de capital y al progreso tecnológico durante el desarrollo de una economía. La existencia de mayores niveles educativos permite reducir los requerimientos de capital que son necesarios para obtener un aumento dado en la productividad de la mano de obra y es más fácil obtener todas las ventajas productivas que se derivan del mejor uso del equipo, así como lograr también aumentos de producción que no responden a una mayor inversión o empleo,

sino que son el resultado de mejores métodos de trabajo y de administración. En esta forma, en la medida en que una sociedad alcanza mayores niveles de desarrollo, la contribución del progreso tecnológico y de los factores humanos al aumento del ingreso y de la producción es cada vez mayor.

Como dentro del marco en que nos desarrollamos la educación superior responde más bien a la demanda social que a la económica, las universidades mexicanas deben mantenerse en un proceso de constante evolución para lograr disminuir la brecha que existe entre demanda y oferta de profesionales. Esto implica la responsabilidad de someter a la educación universitaria a una planeación de su crecimiento, como el medio idóneo que le permitirá satisfacer, a nivel nacional, las necesidades de una economía en expansión, y a nivel universitario, prever los requisitos físicos, de personal docente y financieros necesarios para enfrentar el reto que plantea el desarrollo de la educación superior y de la investigación científica.

El sistema educativo universitario debe transformarse con suficiente rapidez no sólo para enfrentarse con éxito a las necesidades crecientes y cambiantes de la sociedad, derivadas de su desarrollo económico y social, sino también para ejercer una influencia mayor en la orientación y características de dicho proceso. Además, no debe cometer el error de querer resolver los problemas del futuro con los instrumentos del pasado, sin que esto implique el convertirnos en campos de experimentación para enfoques superficiales y técnicas dudosas.

Resulta natural suponer que toda posibilidad de cambio será mayor, más rápida y menos problemática, si se estudian por anticipado los problemas cuantitativos y cualitativos inherentes a una educación masiva y a una investigación científica que, cada día, deberá responder más a las demandas del desarrollo económico y social. Sin embargo, es necesario entender que, para ser efectiva, la planeación de la educación superior no puede reducirse a una mera aplicación de técnicas y metodologías ampliamente conocidas. Sus posibilidades de éxito dependen de la comprensión que se tenga del marco en que deberá aplicarse y de los grandes problemas que deberá resolver. Al respecto haremos algunas consideraciones.

Aunque la educación superior puede hacer aportaciones muy significativas al desarrollo de un país, hay que considerar que también es un producto de las sociedades en que se utiliza. Por lo tanto, está expuesta a las influencias, positivas y negativas, de la estructura social, de los objetivos culturales de la sociedad, de su sistema de valores, de la demanda que la estructura ocupacional hace a las diferentes profesiones, del reconocimiento social que se otorgue a éstas, de la estructura educativa en su conjunto y, en especial, de los niveles previos, de la magnitud y distribución del presupuesto nacional, de la existencia o carencia de una política nacional de desarrollo, de las orientaciones de esta política en cuanto a la formación de recursos humanos y, en fin, del sistema político y administrativo. Todos estos aspectos deben considerarse en cualquier intento de planeación educativa, en especial si ésta se proyecta a nivel nacional, o sea en forma conjunta para las universidades del país.

Uno de los principales problemas que tiene que contemplar la planeación universitaria es el relativo al número y distribución de la matrícula. En México, tal vez podría decirse que el número de egresados, o sea la producción de las universidades, es suficiente, pero no que su distribución obedezca a necesidades reales, mucho menos que la utilización de esos recursos humanos sea eficiente.

² Cifras tomadas de la Comisión Nacional de Planeamiento Integral de la Educación.

En ese campo la acción de las universidades se ve seriamente limitada por la carencia de una planeación económica que cubra toda la economía o, al menos, de una política económica con objetivos a largo plazo que permita precisar las orientaciones que deben regir la distribución de la matrícula. El problema se complica aún más porque es bastante común que la ocupación desempeñada tenga poca relación con la educación recibida, y por el hecho de que desde el momento de entrar a una universidad se acostumbra elegir una determinada carrera, o sea especializarse sin tener una visión más clara del campo de interés, lo que favorece la elección de carreras tradicionales.

Es importante destacar que cuando el aumento de la matrícula de educación superior es mayor al crecimiento demográfico, así como el de la economía y no existe planeación de la fuerza de trabajo ni control sobre la calidad de la enseñanza, se malogran las posibilidades y expectativas que surgen de la acción de las universidades y comienza a presentarse el éxodo e incluso el desempleo de personas que poseen una capacitación superior.³

Por otro lado, al enfrentarse al problema de la falta de equilibrio entre demanda social y demanda económica de educación universitaria, no debe menospreciarse la influencia negativa de los sistemas educativos mismos, que sacrifican la calidad por la cantidad, problema que a la corta no tiene solución por el alto costo de educar a todos los que tienen derecho. Quizá la solución de los problemas cualitativos de la educación superior, por lo menos a mediano plazo, consiste en dar más importancia a los estudios de posgrado y a la investigación científica orientada a promover el desarrollo económico y social.

Como las relaciones entre la producción de las universidades y la ocupación son muy complejas, no pueden fijarse de manera específica los requisitos educacionales necesarios para desempeñar ocupaciones que en condiciones de crecimiento económico, cambian continuamente y hasta desaparecen para dar lugar a otras nuevas. En estas condiciones, la planeación universitaria debe estar al servicio de una reforma académica destinada a desarrollar las facultades de adaptación y autoaprendizaje y preparar personal con una sólida formación general y más capacitado para enfrentarse al dinamismo de las sociedades modernas, caracterizadas por cambios tecnológicos y ocupacionales constantes.

La rapidez de los cambios tecnológicos es quizá el principal argumento en contra de la educación superior sumamente práctica, ya que una educación de este tipo puede quedar superada, muy pronto, por el adelanto tecnológico y aun el social, lo que altera la actitud social y la utilidad profesional de las personas que se prepararon en función de necesidades inmediatas o próximas. Por ello, es más recomendable hacer hincapié en la educación teórica que en un pragmatismo que pronto resulta obsoleto y que sin embargo ha servido de base a muchas de las supuestas reformas de la educación superior, que en vez de modernizarla y permitir que responda a los requerimientos de una sociedad en transición tecnológica, responden a concepciones un tanto divorciadas de la realidad.

La mejor manera de satisfacer los objetivos de la enseñanza superior, incluso sus fines prácticos, es otorgarle un carácter cultural más que destinarla a impartir una especialización profunda. Pero ese carácter cultural no puede basarse en los conceptos tradicionales del humanismo clásico. El papel actual

de la ciencia y la tecnología exige definir una idea moderna de la cultura, que incorpore plenamente esos elementos, y que presida el concepto mismo de educación superior. Esto será una de las responsabilidades mayores de la reforma universitaria que aún está por realizarse.

Al respecto, la planeación universitaria debe diseñar los medios idóneos para integrar la investigación científica al funcionamiento de las universidades, no sólo para que éstas puedan cumplir con su doble papel de ser una de las bases de la política nacional de desarrollo científico y tecnológico, a cuya definición deben contribuir sustancialmente, y de formar más y mejores investigadores, sino también para hacer de la investigación el método fundamental de aprendizaje.

En esa forma, la planeación servirá para corregir una de las principales deficiencias de la universidad, o sea la poca atención que presta al desarrollo de la investigación científica. En los pocos casos en que ésta se realiza hay que admitir que no tiene, por lo general, mayor importancia, ni desde el punto de vista del progreso de la ciencia, ni como factor de desarrollo económico.

Con la ayuda de los centros de investigación científica se pueden modificar más fácilmente y con mayor rapidez las bases y la forma de la educación superior, para lograr que dentro de la universidad prevalezca la investigación, el análisis y la síntesis sobre la memorización, con el objeto de producir no sólo personal calificado para el sistema productivo sino principalmente agentes responsables del cambio social, pues la educación universitaria no puede tener finalidades económicas concebidas en forma estrecha.

En suma, dentro del marco de transformaciones sociales y económicas que lleva aparejado el desarrollo de un país, la universidad tendrá que superar su rezago tradicional y convertirse en una universidad activa, con una concepción distinta de su misión que, lejos de ajustarse, con más o menos rapidez, a los cambios sociales, se coloque a la vanguardia de las transformaciones, creando y difundiendo ideas, tesis y planteamientos sobre las características, naturaleza y estructura del complejo proceso social, económico y tecnológico en el que se desarrolla un país, impulsando y desarrollando la investigación científica y los procesos tecnológicos, produciendo los profesionales, investigadores y técnicos que el desarrollo económico requiere, en función de las modificaciones estructurales previsibles y para hacer más rápido y más fácil el tránsito de las clases populares a niveles de vida superior.

Para la universidad del futuro su misión no se reduce a cumplir la función meramente instrumental de satisfacer las exigencias de preparación técnica, sino que tiene una significación más profunda y trascendental de orientación y crítica social responsable, función que cobra mayor importancia en la medida en que la sociedad avanza hacia un estado industrial, pues éste es un proceso que va acompañado de una creciente y progresiva deshumanización, como resultado de la mayor especialización que la producción demanda. Por estas razones, es necesario hacer este cambio radical en la forma de entender los objetivos de la universidad y aun de los medios de que se vale para cumplir con su misión.

En estas condiciones, la planeación universitaria tendrá como objetivo central responder a las demandas de la sociedad, dentro del marco que impone la estructura económica prevalente, pero sobre la base de una mayor participación en las transformaciones futuras debida a una mayor iniciativa de las universidades.

³ *Educación, recursos humanos y desarrollo en América Latina*, Naciones Unidas, Nueva York, 1968, p. 69.